

27

SOBRE RUBEN DARIO PERSONA

Presencia

➤ Rubén Darío era alto de talla y fornido. Su cabeza, bien mirada, revelaba solidez, reflexión. Su rostro pálido, de tez morena, llevábalo, desde hacía ya tiempo, todo afeitado. Su expresión seria, unida al aire entre naturalmente correcto y voluntariamente recatado de su completa persona, dábale un parecido a nuestras señoras tías criollas de tierra adentro, posiblemente solteras, cuidadosas de no hacer ni decir nada ilícito, y las cuales esparcen con sus reposados modos cierto hálito de suave venerabilidad. Las facciones del rostro de Darío, aparte expresar su habitual concentración, no hablaban mucho en conjunto. Las fosas nasales por separado eran toda una revelación por lo amplias, perfectamente torneadas y fácilmente dilatables. Ellas y los ojos, que parecían algo pequeños en aquella robusta cabeza, fueron dos puertas tan franqueadas, si no más, a las impresiones externas, que el tacto de sus pequeñas manos de abate o los oídos de quien prefería la música ideal no obedecida por la dinámica de su incomparable palabra rítmica. Aquellos ojos, como estaban más bien entrados en la faz bajo la combez de los arcos frontales, permitíanle observar sin ser observados. Aunque eran ahondadores en su mirar, no inspiraban recelo. Por fin, debajo de las capaces narices, sabias discernidoras de todos los alientos de la tierra y del mar, y en esa su boca pulposa, de líneas sencillas y gráciles, los labios reposaban uno en otro con la confianza de la bondad.

Bajo la compostura de la ropa, se adivinaba un cuerpo de organización privilegiada, unido por toruno cuello a la cabeza: cuerpo que en habiendo sido el de un hombre de acción, habría robustecido en proporciones sorprendentes: así el de un remero de bajel pirata o el de un fabuloso cazador montañés.

Este Darío, que es el que conocí tres años antes de su fallecimiento, vestía impecablemente, de acuerdo con las diversas circunstancias que la sociedad impone, e impresionaba al pronto de respetuosa manera, sin invitar luego, aun en sus mayores expansiones, a liberalidades desatentadas, menos a francachelas de plebeyo gusto.

Afirmo con toda mi mayor seguridad, que aquellos que tal pudieron hacer con Rubén, si no estuvieron faltos acaso de esenciales prendas generosas y finas, carecieron manifestamente de tacto.

Rubén fué muy bueno, pero no falló al formular, como lo hacía, para sí mismo, un juicio sobre toda persona, después de cierto imprescindible trato con ella, aunque éste fuera breve.

Decoro

→ A pesar de cuanto su presencia podría dar a entender, el decoro que agradaba a Darío, tan amante de las formas correctas y de la belleza exterior, era, antes que atildamiento en el vestir y mesura amable en los modales, un sentimiento de verdadera raíz cordial. Luego, que viniera bien presto lo otro: presencia decente, cortesía...

Decoro completo, podría decirse, era el que amaba Darío, y sobre todo si el que lo profesaba era un intelectual.

Daba a Darío gran placer íntimo el comprobar que un escritor llevase en todo momento el decoro a las cosas de arte: placer tanto más intenso cuanto más raramente le era dable hacer esa comprobación. Sobre todo, las pequeñeces y ruindades, la maldad en suma, puesta en juego en los trámites inherentes a las cosas de la literatura, debieron desencantarlo desde muy joven. Los canes hidrófobos y los falderillos de la gloria, esas dos especies pseudohumanas que existen hoy como existieron siempre, fueron una de sus pesadillas, mucho más terrible que las que es sabido lo acosaban en sueños, pues como Darío fué durante la segunda mitad de su vida, una gloria viviente, sufrió dentelladas y roces almizclados de hipocresía a toda hora, y como era bueno, tuvieron muchos en su alrededor, siquiera por un día, lo que aquellos deseaban, que no fué precisamente la gloria, a la que no comprenden, sino cierta bagatela sonora, ese «bruit» hecho por los otros que suele acompañar a los gloriosos seres.

Quien quisiera de verdad a Darío y fuese reconocido en el decoro, podía afirmar que merecía de él la mayor distinción.

Y a la verdad que es esa una exacta medida de los hombres, por lo menos en sociedad.

Ceremoniosidad, taciturnidad

Darío puntualizaba sobre los detalles de su presentación en sociedad. Subconscientemente acaso, exageraba la importancia del bien vestir para que en el trato surgiera de modo infalible el decoro de los otros, o acaso para poder callar con menos violencia de ánimo, pues él tenía al parecer así como el temor de su conversación con los demás.

Al parecer. Pero no era esa la causa de su taciturnidad. Sus visitas a otros, y aun las que él recibía, solían tener algo de circunspección, algo de una circunspección de ceremonia solemne, y mucho de la gravedad natural del Darío de siempre.

Es que Rubén era un receptivo poderoso, absoluto, diría.

En la última visita que hiciera al patriarca de los poetas, nuestro venerado Guido Spano, después de inclinarse sobre el lecho para abrazar al visitado, tomó asiento y calló, calló... mientras el admirable conversador que nos queda en el clinado viejo apolíneo, daba expansión a los recuerdos, elegantísima y fluidamente expresados con la palabra y el ademán.

Darío callaba, callaba, sin moverse, adquiriendo ese aspecto de ídolo budista que le era propio en tales casos. La mirada poco inquietadora de sus pupilas negras hechas para el exacto captar de las imágenes, no se apartaba del anciano.

En la segunda visita que hicimos sin Rubén al anciano poeta, éste nos recibió exclamando: — ¡Pero qué taciturno, Darío! ¡qué taciturno!

Efectivamente. Pero el callar de Darío no era el de una tumba. El callar de Darío era el exigido por el poderoso trabajo mental inseparable del receptivo creador más sorprendente que he conocido.

Después de algunos meses, Darío, regresado a París, enviaba a *La Nación* una correspondencia sobre Guido que recordaba las mejores de las inimitables páginas de *Los Raros*.

Ni recepciones, ni banquetes, ni millares de gentes vistas y habiadas, ni trabajos de apremio, ni travesías oceánicas habían im-



pedido que en la fragua de su cerebro se forjaran las imágenes que convenían a la figura del viejo bardo argentino, resaltada en esa prosa rubendariana de aguafuertista o tallista en madera que será siempre tan representativa de la férrea organización psíquica que tuvo su autor.

Imprevisión

→ Sin duda alguna el gran poeta era imprevisor para con las minucias de la existencia material. Pero o mucho me engaño o Darío estaba convencido de su buena estrella.

Más de un lector extrañará mi afirmación. No faltará quien la crea una broma impropia de estos apuntes: una «boutade».

Nada de eso. La estrella de Darío fué benigna. El debía saberlo, y esa convicción debió aumentar su imprevisor dejar hacer.

Desde que Darío pisó tierra argentina, por lo menos, hasta el día de su muerte, por más que él no se cuidara ni mucho ni poco de cómo viviría mañana, vivió milagrosamente bien hasta el último de sus días. Me refiero siempre a lo material, que ha constituido el martirio de tantos talentos de primer orden.

Darío se mereció ese destino. El vistió de lo mejor y más a su gusto y asiló en los hoteles más lujosos y confortables. Ambas cosas le eran entrañablemente deseables como a todo artista de raza, aunque no se azorase en garantizárselas. Y las obtuvo sin que su destino le exigiera hacer para ello nada indebido a su genio literario. Tan fué así que cuando voluntariamente se metió en negocios de ganar en quince días seis mil pesos escribiendo cosas escasamente sinceras y casi inútiles, los dineros de la paga fueron a parar en bolsillos extraños, como una represalia de su suerte, favorable a condición de esa dignidad que, en resumidas cuentas, era ingénita en Darío.

Rubén fué en lo material, aceptada su innegable imprevisión, su manifiesto derroche, un hombre grandemente afortunado.

Se habló en estos días de un Rubén torturado, víctima de no sé qué dolores. Yo respeto el mundo moral de Darío, cuyas penas, hijas de un drama íntimo, nunca fueron reveladas episódicamente por el poeta, ni en su obra ni en sus palabras. A ese fuero interno pertenece, en todo caso, su ignorado infortunio.

Timidez e incombatibilidad

Yo no pude cerciorarme de que Rubén fuera tan tímido como se decía. Antes y después de su conferencia sobre Mitre, leída por el poeta en el Odeón, se dirigió al teatro y regresó de él al hotel, que distaba media cuadra, en la actitud de quien teme lo que le rodea. Lo que le rodeaba era, antes de ese monstruo llamado público, una media docena de amigos.

Deduje por ahí que Darío aparecía tímido cuando estaba entre gentes a quienes no conocía y a quienes, en mucho o en poco, debía mostrarse. Temía lo complejo colectivo, anímicamente considerado, él que describía multitudes con tanta verdad, concisión y relieve, cuando el cortejo fúnebre de Zola, en sus pinturas de ciudades, etc.

Gran parte de su imprevisión y otro tanto de su timidez, partían de ese estado muy permanente en Darío que lo hacía vivir en plena eternidad, como verdadero hijo legítimo de la gloria.

Viviendo en eternidad, era sonámbulo para con lo complejo social y para con las minucias del toma y daca propias de esas mismas complejidades. En cambio estaba en vivísima vigilia para con el color, la línea, la música, vistos en la flor, la mujer, los pájaros mágicos, las estrellas, las magnitudes del universo, las profundidades del ensueño, los lindes del misterio. Pero eso bien lo saben todos.

¿Vivía en eternidad? Sin duda.

Y por lo consiguiente, no combatía ni en favor de lo más caro, su arte. No combatía: sabía que le bastaba ser, para imponerse. Triunfó magníficamente, siendo, no peleando.

Y esa su certidumbre de que «era», infundíale mayor fe en la gloria, la que lo cernía en esa eternidad, sumido en la cual parecía ir envuelto en nieblas de espacios infinitos.

Su imprevisión, su timidez, su incombatibilidad, eran las del albatros de Baudelaire, símbolo del poeta en el mundo.

Afabilidad, contento

Había una franca amabilidad en Darío, la que no era muy constatable sino entre sus íntimos. Así lo pude ver en su pieza del Royal Hotel, durante la última permanencia del poeta en Buenos Aires.

Conocidos



Desde su llegada, y por unos cuantos días, sirvióle de consuelo, cerca de su cabecera, el médico de los poetas, Martín Reibel. Darío creía en la eficacia médica.

Convaleciente aún, hallélo una noche rodeado de amigos muy queridos. En su cama, se le servía la cena: una «omelette» fina, de esas que él sabía explicar mejor que un Brillat-Savarín, la que acompañaba con bocks de cerveza, para no contravenir la prescripción autorizada del gran amigo y gran médico, quien le recomendara guardarse de vinos y alcoholes.

Entonces fué realmente afable, más aun, sintióse contento Darío, pues saboreaba a un tiempo los trozos delicada y apetitosamente separados de la tortilla, las respuestas anecdóticas que a sus preguntas sobre ausentes conocidos dábanle sus camaradas, y las espontáneas flores del buen humor parlachín.

Su faz grande y mate, de mejillas un tanto flácidas, se animaba gozosa. Se hacía como falstaffiana, sobre un fondo de mayor bondad que nunca. Tenía entonces Darío una alegría sana, que invitaba a ser compartida, como la que vemos en los bebedores de los cuadros flamencos, cantados en nuestros días por el vigoroso poeta Verhaeren, hermano de Darío en el estro.

Es hombre de innegable buena pasta aquel que ríe de tan ingenua y total gana. Darío, si hubiera podido inspirar recelos en otro momento, a todas luces convencía entonces de su alma de niño grande hasta a los más romos de percepción.

En esa ocasión conversó como todos, y sus historietas picarescas alternaron con las de los amigos y se imponían a la atención debido no ya a ellas mismas, sino al inconfundible tono campechano y radiante del «gourmand», del buen gustador, del goloso erudito que fué Darío de las comidas y bebidas de todos los países.

Amor a lo raro, a lo nuevo y a la juventud

ea Su amor a lo raro no se había concretado al que demostrara en su libro de magistrales estudios sobre escritores de excepción. Hasta en los últimos años de su existencia tuvo a más de un Lautréamont o de un Boecklin de que ocuparse. Lo bello o lo raro no pasaba sin su advertencia, sin su alusión. Y esto era en el reino del arte como en el de la vida, y como en el del sueño, hermano de la muerte y lindero por tanto de lo desconocido que lo atraía para desconcertarlo.

8 Cuando lo raro y nuevo de buena ley aparecían en la obra de la juventud lírica, el Darío que ahorraba las vulgares cortesías poco sinceras, no perdía ocasión de hacer llegar su voz de aliento. Así, en una de sus últimas cartas remitiame recuerdos para Marasso Rocca, a quien conoció en ésta y para cuya «Canción olvidada» hubo de buscar editor en París y hacer ese su «último prólogo» que nunca lo era; recuerdos para Calou, de quien antes de verlo por primera vez había remitido los originales de «Mirta» a «Mundial», donde se publicó, y recuerdos para Chaubillon, a quien no había tratado, pero del cual sin duda leyera el libro de versos, inadvertido aún por el mundo literario argentino, pero que no debió pasar sin ser justamente notado por el sempiterno gustador de lo bello, lo raro y lo nuevo.

La juventud de talento tenía en él, no al maestro inaccesible, olímpico, ni siquiera al colega experimentado y paternal, sino al hermano mayor, partícipe sin desmayo del culto de veneración por el sagrado fuego del arte, que es preciso substentar activo a toda hora.

Dejo trazados estos apuntes sobre Rubén Darío. No siempre se concretan a la persona, o sea a la entidad social humana. Me he permitido deducciones que frisan la psicología, la filosofía, y algunas reflexiones morales. Sujetarme a simples anotaciones sobre la urbanidad de este hombre, no hubiera sido cosa posible. Mis conjeturas, mis ideas, al fin no muy aventuradas, valen por aquello que puedan tener de honradas las impresiones directas en que se fundan y que brindo sin otra pretensión que la de ser con ellas útil a la más cabal comprensión de Rubén Darío.

~~EDMUNDO MONTAGNE.~~

